

IDA Y VUELTA

Leopoldo Tablante

Autant pas se faire d'illusions, les gens n'ont rien à se dire, ils ne se parlent que de leurs petites peines à eux chacun, c'est entendu. Chacun pour soi, la terre pour tous. Ils essayent de s'en débarrasser de leur peine, sur l'autre, au moment de l'amour, mais alors ça ne marche pas et ils ont beau faire, ils la gardent tout entière leur peine, et ils recommencent, ils essayent encore une fois de la placer. « Vous êtes jolie, Mademoiselle », qu'ils disent. Et la vie les reprend, jusqu'à la prochaine où on essayera encore le même petit truc. « Vous êtes bien jolie, Mademoiselle !... ».

Louis Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*

Los dos tenían lo que más admiraba cada uno por su lado: «La Belleza». La Belleza, así con su artículo antepuesto y una «B» mayúscula. Cada vez que la ciudad los reunía, se quedaban paralizados frente a sí mismos, de timidez y de emoción. Por supuesto, fingían todo lo que sentían. Uno estaba de acuerdo con el otro, por eso era imposible que sus deseos no se cumplieran. Todo el mundo los veía bellos y todo el mundo los veía juntos. Estaba cantado.

Los dos coincidían en que se habían visto en otra parte y en otra historia. Susana había visto a Matías en la capilla del palacio Medici Riccardi. Había sido hacía algunos meses. Matías inmortalizado en un fresco florentino. Matías, en cambio, había visto a Susana revisando las diapositivas de arte que atesoraba su padre arquitecto. Era asombroso que se encontraran en la misma época, que su admiración recíproca tuviera visos de eternidad.

Sólo les quedaba dejarse llevar por la corriente de Caracas, que corre en una sola dirección.

A Susana y a Matías les gustaba caminar por donde la mayoría de la gente camina, pero siempre se declaraban culpables de pasar justamente por allí. Cuando un amigo les preguntaba en qué habían gastado la tarde de un día, y ellos declaraban haber pasado por uno de esos lugares que casi nadie ignora, confesaban su itinerario con la vergüenza de un descuido. Fingían olvidar que habían estado buscando lo que no se les había perdido.

Cuando no tenían la suerte de encontrarse, cada uno podía considerar la posibilidad de sustituir o, por lo menos, de gastar el dinero del que disponían comprando algo que les cambiara las ideas. A Susana le llovían las proposiciones de conversaciones corteses y a Matías las insinuaciones para suscitarlas por su lado. Muchas veces, dejaban de contar a sus amigos íntimos lo que les sucedía en la calle. No les parecía correcto que el otro tuviera que enterarse. Evitaban entrar en explicaciones porque no querían decepcionarse.

El tiempo siguió pasando sin que Susana y Matías salieran de dudas. Ni el tiempo ni las personas con las que se pierden convergieron para hacer posible un encuentro. Los amigos más cercanos de

cada uno opinaban que la envidia de los demás estaba separando a la pareja de la ciudad. Susana contaba en su haber miles de pretendientes ficticios; Matías se acostaba con veinte mujeres por semana. Ninguno creía en una sola palabra de aquellas intrigas.

Susana abandonó su ciudad en busca del barniz cultural que otra ciudad le podía brindar. Permaneció tres años en Florencia, donde le alcanzó el tiempo para pensar en Matías con distancia (al mismo tiempo que verlo cuanto quería en la capilla del palacio Medici Riccardi). Conoció gente, se acostó con innumerables italianos, musculosos y exhibicionistas, y se deshizo, paulatinamente, de ellos por su proverbial falta de modestia. La decepción de sus muchas aventuras (y del poco tacto con que aquellas aventuras se realizaban) la terminó tornando un tanto cínica con respecto a los hombres. Adquirió la costumbre de ver el cortometraje *¿Por qué algunos hombres no logran hacer llegar al orgasmo a sus mujeres?* para reírse de su frustración. Le encantaba escuchar el italiano de Woody Allen. Era tan ridículo...

Un día, por fin, a Susana le llegó la oportunidad de descansar de sus sementales italianos. Sus experiencias la habían hecho estudiar la posibilidad de hacer lo que jamás antes le había pasado por la cabeza: el amor con una mujer. Quién sabe por qué nunca se había atrevido. Ni siquiera en los años en que estaba en el liceo se atrevió a besarse con una compañera. Tan lejos, tan sola y tan libre, Susana lamentó su suerte. Algo le estaba faltando.

Alix quería convencerse de que le gustaban los hombres más que las mujeres, pero más podía su fascinación por la estatua de la Primavera del puente de la Santa Trinità que sus esfuerzos desesperados por admirar el David de Miguel Ángel. Avanzaba obstinada en su mentira, pero, cuando alguien le daba a entender que estaba forzando su propia naturaleza, el corazón comenzaba a latirle muy fuerte. En principio, se trataba de un impulso de rabia contra la voz que la cuestionaba, pero, al fin y al cabo, sus arritmias no eran otra cosa que la señal de alarma de sus propias contradicciones. Cuando estaba con un hombre, al principio se hacía ilusiones por la ansiedad que le causaban sus presiones sanguíneas, pero siempre, invariablemente, terminaba recordándose que aquella presiones sanguíneas son tan cobardes como un globo frente a un alfiler.

Se sentía decepcionada de la condición masculina, que, a su juicio, era de verdad una condición, un estado fatal regido por innumerables limitaciones. Desde que su primer novio la abandonó por otra, Alix debió enfrentarse liberada a sus propios gustos. Gustos no asumidos por la idea de que los hombres debían ser como ellas se los imaginaba, es decir, como otro tacto y como otra cosa. En el fondo, Alix veía en los hombres una serie de productos con defectos de fábrica.

Se confrontó una, dos, tres veces con el mismo defecto de fábrica de hombres diferentes y, por fin, empezó a asumirlo. Empezó a asumirlo culpando a aquel primer novio que la había abandonado: que la condición masculina le pareciera un enredo de limitaciones, solapadas por la presión sanguínea, era culpa de él y de nadie más.

Era un detalle inocuo el que le había hecho retrasarse a Alix la verdad verdadera. No comprendía por qué las lesbianas se empeñaban en salir a la calle con apariencia de pertenecer a la juventud

hitleriana: con esos cortes de pelo al ras, con los brazos trabajados, con las tetas queriendo transformarse en los músculos pectorales de un atleta fotografiado por Leni Riefenstahl. Se esforzaba en comprender que aquellas señales estéticas eran una reacción contra la homofobia, pero no podía rechazarlas por puro escrúpulo estético. Le parecía absurdo que las mujeres más graciosas quisieran no dejar rastro de su propia gracia. Era tan absurdo como su terquedad de convencerse de que los hombres le gustaban.

Un día apareció una mujer provisionalmente desencantada del pulso de los hombres. Susana se lo hizo más fácil. Se encontraron una tarde en el autobús número 7, rumbo a Fiésole. Susana necesitaba ir a relajarse a alguna parte por culpa de un médico principiante que aprovechó su consulta para dirigirle los más extraños elogios. Unos ligeros dolores en el vientre la obligaron a someterse a un ecosonograma para despejar la posibilidad de una mala sorpresa. Tumbada en una camilla, boca arriba, con la panza al aire y cubierta de una gruesa película de gelatina verde, Susana comenzó a escuchar del ginecólogo cumplidos como: «Señorita, qué páncreas tan perfecto, qué hígado tan bien construido, qué hermosos riñones, qué estómago tan pequeño». Ni siquiera le pasó por la cabeza la posibilidad de que aquel recién graduado fuera un apasionado de su trabajo. Salió de la consulta con un nudo de indignación en la garganta y prometiéndose no poner los pies allí nunca más.

Tenía que ir a relajarse y, por eso, pensó que le convenía coger el autobús número 7. Se sentó por casualidad al lado de Alix y se puso a leer un libro que se titulaba *Fra Angelico, diferencia y figuración*, más para no pensar en lo que le acababa de pasar que para concentrarse. Alix se fijó en el título del libro que estaba leyendo su compañera de asiento y le dijo:

—Ése es un libro maravilloso.

De nuevo, Susana se sintió sorprendida y maravillada por la cultura general de los otros usuarios del autobús. Dijo:

—¡Ah, sí! ¿Ya lo leíste?

—Sí, ese libro me cambió la vida.

Susana apenas comenzaba a comprender la manera como un libro puede cambiar la vida de un lector. Evitó ponerse a discutir con su compañera de asiento, que se veía que tenía que decir al respecto. Tan sólo se limitó a preguntarle:

—¿Cómo te llamas?

—Alix.

—Un placer —dijo Susana extendiéndole la mano; Alix encontró extrañamente gracioso ese gesto—, yo soy Susana.

—Y tu acento, ¿de dónde vienes?

A Susana no le gustaba responder esa pregunta y se limitó a decir:

—De otra parte.

Su acento de otra parte tenía todos los rezagos que hacen de un extranjero una persona deseable: una pizca de torpeza, otro de duda, un poco de misterio, el todo servido con un contorno de vaguedad. Alix no podía negarlo: estaba fascinada con la belleza de Susana, y Susana, aunque consciente de que Alix era infinitamente menos hermosa que ella, estaba fascinada con sus ojos. Podía que a Alix pudieran reprochárselo algunos defectos evidentes, pero sus ojos enmendaban errores: eran verdes y brillantes y a veces se volvían azules. Una gota de caramelo se diluía irregularmente en sus pupilas.

Susana decidió dedicarle un paseo a los ojos de Alix, convencida de que la tarde era idónea para renovar y descubrir. Subieron al mirador, se tomaron fotos, visitaron la capilla, oyeron cantos gregorianos, se volvieron a tomar fotos, fueron a la iglesia, le hicieron preguntas a la organista e intentaron encontrar el cementerio etrusco que unas señales de información anunciaban por ahí. Nunca lo encontraron. En cambio, se perdieron por una calle angosta, cercada por dos muros de piedra en los que plantas de moras trepaban, de lado y lado. Comenzaron a arrancar moras. Cada una se metía en la boca sus cosechas personales, pero, después, se animaron a compartirlas. Perdieron la timidez rápido. Se veían contentas actuando como aldeanas. Cuando se ponían demasiado nerviosas, se reían con los dientes manchados de violeta. En una de esas risas, Alix no se reprimió. Le puso con delicadeza la mano a Susana en la mandíbula. Se acercó. La besó con paciencia. Con la punta de los labios. Susana sacó la lengua primero. Estaba de acuerdo. Estaban de acuerdo.

Comenzaron a hacer camino a la parada del autobús tomadas de la mano, pero al llegar al sector de los cafés concurridos y de los turistas inquietos, se soltaron. Fue Susana quien decidió zafarse. Le daba pudor. En realidad, siempre le daría pudor.

Se bajaron en la Piazza de San Marco y caminaron hacia donde vivía Alix. Comenzaron a preparar la cena sin darse cuenta, caminando, curioseando lo que los turistas curiosean en Florencia. En el mercado de San Lorenzo compraron un paquete de pasta tintada de negro de calamares y vegetales: albahaca, calabacines, ajos, berenjenas. La compra la hizo Alix por iniciativa propia. Susana creyó se estaba apertrechando con lo que le hacía falta para llenar su despensa. No se sintió invitada a cenar. Eso vino después.

Se desviaron hacia la via Ricasoli sólo para comerse un helado napolitano de los que preparaban en la heladería que queda cerca del cruce con la via degli Alfani. «Son los mejores de aquí. Los que se comen todos los turistas cerca del Duomo son repugnantes. Con todo el azúcar que le ponen...», dijo Alix mientras pagaba dos vasos de cartón pequeños: uno de yogurt para ella y

el otro de almendras para Susana. Alix estaba empezando a asumir su deseo de enamorarse de una mujer y, por eso, no comentaba ni la cena que pensaba preparar ni dejaba que Susana hiciera el ademán de buscar dinero en su cartera. Susana obedecía dócilmente porque, le parecía, es agradable obedecer cuando a uno lo declaran invitado sin que medie una palabra.

Volvieron a desviarse. Subieron con sus helados hasta Santa Maria di Fiore y se dirigieron a la plaza de Santa Maria Novella, «la meca de los extranjeros», por la via dei Banchi. La «meca de los extranjeros» le hace honor a su nombre con una multitud de bebedores de cervezas, clandestinos que parecen haber sido encomendados por el Maneken Pis de Bruselas para contaminar con vapores de orina el aire de la plaza.

—Por más restauración que le hayan hecho, el Cristo del Giotto debe tener la cara arrugada con esta peste —dijo Alix, la muchacha enamorada y decidida, a quien nunca le faltaba algo que decir.

Susana se sintió ligeramente decepcionada con el brutal comentario de su acompañante. Se preguntó en silencio si no se había tratado de un reflejo de xenofobia. Entre tantos magrebíes y pakistaníes, le daba nervios que Alix se condujera con aquella actitud tan altiva. Después se dijo que estaba paranoica y se tranquilizó pensando que Alix tenía una motivación y una moral de acero. Algo la obligaba a seguirla.

Subieron por la via dell'Albero, hacia el puente Amerigo Vespucci. De una de las barandas del puente, las sorprendió la agitación de las aguas del Arno. Algo parecido a una enorme serpiente acuática ondulaba en el río. Se veía desde el puente como una enorme mancha de aceite. A Alix le causó mala impresión. En cambio, Susana se quedó perpleja estudiando su movimiento. No era una serpiente, era un infinito cardumen de peces que se organizaba detrás de un montón de maderas podridas. Eran las carpas del Arno, los peces rata del río.

—Mira. Es maravilloso —dijo Susana.

—A mí no me gustaría estar allí, al lado de ellos —dijo Alix.

No le gustaría, porque su fuego interno se desharía en vapor en el agua del río. Otra vez Susana pensaba lo contrario de lo que pensaba su amiga: había nacido en el lugar equivocado. Todo lo que está sobre la tierra es rugoso y opaco. Se dejaba poseer por las escamas plateadas de las carpas, que saltaban y se aventuraban a mirar por fracciones de segundo la opacidad de la superficie. De vuelta al banco, de chapuzón, cada pez volvía a su posición, de acuerdo con el vecino. Seguían contoneándose. Todos parecían esperar el fin de la eternidad. Las carpas del río. Las ratas babosas del Arno.

Terminaron llegando al lugar de la primera cena. Alix tenía su casa en el número 15 de la via San Giovanni. Susana no parecía sorprendida por el hecho de haber seguido a su amiga hasta la entrada del edificio donde vivía. No se habían dicho nada, pero Alix estaba segura de que no hacía falta consultar.

Le desearon las buenas tardes a la señora que vivía en el tercero. La señora siempre se sentaba en una silla de paja para caer con la tarde. Durante todo el tiempo que había vivido en San Frediano, Alix no se había enterado del nombre de la matrona. Siempre la saludaba:

–Buona sera, signora.

Alix daba por sentado que la señora le decía lo mismo: con una sonrisa desdentada e inocente, de querer estar más en los consuelos de sus reliquias que en el recuerdo de sus pecados.

A la señora le parecían tan lindas las dos amigas, aunque Alix le pareciera un poco menos linda que la otra. Para la abuela, Alix tenía la belleza de ojos brillantes de la juventud. Eso sí: se veía que tenía más carácter que Susana, la más hermosa entre las dos. De joven, la abuela tuvo una pareja de amigas que andaban para arriba y para abajo y que se parecían a las muchachas que entraban en el edificio. La gente no entendía que estuvieran tan juntas y hablaban mal de ellas. La abuela también lo había hecho, aunque no recordara por qué.

El apartamento de Alix estaba hecho con la imaginación del reciclaje. Casi todo lo que había dentro lo había encontrado tirado en la calle: el gran espejo de su habitación, la mesa de noche, incluso el comedor. Sólo su colchón ortopédico –regalo de sus padres– había salido del depósito de una tienda. Lo que más le gustó a Susana de la casa fue el altillo donde tenía puesto el colchón. Era una plataforma de madera que ella misma había fabricado con unas maderas rústicas de embalaje industrial.

Cocinaron con música, dividiéndose las tareas, sin que una se inmiscuyera en las ocupaciones de la otra. No había gran cosa que hacer: sólo cocinar la pasta, saltear unos vegetales y descorchar una botella para empezar a distraerse. La distracción, a veces reacia, fue procurada milagrosamente por los taninos de un vino tinto tan, pero tan barato que no bastaba para alimentar grandes ilusiones. Susana había incluso desconfiado de la etiqueta de la botella, pero Alix le había dicho, con cierto innecesario tono de condescendencia, que a menudo las apariencias engañan.

Tuvieron suerte, por pura ignorancia. Suerte de principiantes dispuestas a dejarse iniciar por quien no tiene autoridad para hacerlo. El vino las hizo ponerse en evidencia: primero, con más amabilidad con la que dos mujeres son capaces de tratarse; después, admitiendo, sin dificultades excesivas, sus propias limitaciones. Ambas recordaban su beso de cosechadoras de moras como algo nunca vivido, apenas soñado. Dudaban de sí mismas. Dudaban de que la otra tuviera también un cuerpo con sentido del tacto.

Lo tenían, por supuesto, pero la duda les permitía por lo menos darse el tiempo de preguntarse si estaban de acuerdo consigo mismas. Querían mirar bien, decidir mirarse en los ojos, y, después, como sin darse cuenta, desenfocarse en un beso.

Pronto adquirieron la costumbre de encontrarse en la tardes para estar juntas. Al principio se entendían tan bien que, en algún momento, se preguntaron cómo habían podido estar separadas.

Después Susana empezó a pensar más de la cuenta.

No tenía nada que ver con lo que hacía, sino cómo lo hacía. A Susana no le cabía en la cabeza por qué Alix necesitaba siempre hablar con ese extraño tono de autoridad. Aquello la hacía pensar que casi nunca tenía nada interesante que decir. Algún tiempo más tarde, Alix decidía todo lo que tuviera que ver con la convivencia de las dos. Susana no ponía reparos.

Se había dado cuenta de que de nada servía manifestar su punto de vista. Alix estaba convencida de lo que pensaba. Cuando hablaba con alguien, no lo hacía para compartir, sino para que la otra persona le diera la razón. Se las arreglaba para oírse a sí misma fingiendo escuchar. Para aquello disponía de gestos, monosílabos y frases con las que Susana se limitaba a dejarla hacer.

Por lo general, Susana la dejaba hacer. Toda diferencia se zanjaba con un beso largo y profundo. Los besos largos y profundos de Alix eran diferentes a todos los que los hombres le habían dado en su vida pasada. Eran como si no pudieran agotarse. Dejaban de ser largos y profundos para transformarse en reposo. Pero el reposo era también largo y profundo. Por eso es que Susana se dejaba dominar sin oponer resistencia.

Hasta que un día cayó en cuenta de que hacía meses que no decidía casi nada por cuenta propia. Al principio, le había parecido mejor así. Todo es más fácil, pensaba, cuando se tiene a alguien que se ocupe de uno. No obstante, después de hacerse algunas preguntas, Susana sintió que se estaba literalmente enajenando a la voluntad de su amante. Cierto, los hombres de su pasado habían sido o posesivos o menguantes. Era imposible que Alix pudiera ser menguante en los términos anatómicos en que Susana lo pensaba, pero era, sin duda, posesiva. Poco a poco la decoración de su casa se había visto alterada por los gustos de Alix (a pesar de que pocas veces ella hubiera puesto los pies allí); poco a poco se había acostumbrado a tomar la merienda a una hora y no a otra; poco a poco había empezado a comer cosas que antes ni siquiera le hubieran pasado por la cabeza. Alix lo proponía y lo pagaba todo. A cambio, Susana tenía que escucharla clamando por ella incluso, cuando abría las llaves del agua para tomar una ducha.

Aquel clamor discreto le resultaba fastidioso pero también halagador. Susana se sabía necesaria y se sentía satisfecha de que su rol fuera tan evidente. Hubiera querido poder corresponder a lo que se le ofrecía, pero, cuando pensaba poder hacerlo, empezaba a temer la ubicua presencia de Alix. Temió. Temiendo, extrañó a los hombres. Trasladó su nostalgia al cuerpo de su amante. Y, de repente, por primera vez, cayó en cuenta de que lo que Alix le podía ofrecer era apenas evanescente.

A Susana le hacía falta un punto de referencia. A veces incluso le hacía falta perder el sueño para darse cuenta del tiempo que pasaba, de cómo cambiaba la luz del día. Con Alix todo era largo y profundo, con pretensiones de ser estático. La posibilidad de perderse en esa espiral le infundía miedo. Dudó durante algunas semanas y, por fin, un día, encontró en la anatomía de Alix una razón para desprenderse.

En realidad, lo que Susana encontró en el cuerpo de Alix fue pura nostalgia. Una iluminación le permitió comprender que al amor físico entre un hombre y una mujer se iba descontando solo y tenía sus limitaciones. Podía ser largo o breve, por lo general patético, a veces sorpresivamente rígido, otras, desoladoramente blando. Alguna tarde de aquéllas en la vía San Giovanni, Susana pensó que la manera en que su amiga se le quería imponer era así: con tanta, pero tanta ternura... Empezó a echar de menos la brutalidad de los alardes masculinos, las pocas cosas que cabían en sus inteligencias. Se empezó a imaginar útil aliviando sus necesidades de aprobación y sus mentiras de fortaleza. Era una paradoja, pero, aun siendo una mujer, Susana no se podía creer la cantidad de ideas que contenía la cabeza de Alix, todavía menos el estilo imperceptible en que las iba realizando. Susana estaba extraviada. Y se sintió definitivamente extraviada cuando, una vez, le puso la mano en la entrepierna queriendo asir algo.

Susana quiso de pronto echar marcha atrás. Alix se alarmó. Se dio cuenta en el acto de que a Susana le hacía falta algo que su cuerpo no podía ofrecerle. Pero el hecho de que su cuerpo no pudiera ofrecérselo no significaba que ella fuera incapaz de dárselo, de otra manera. Una sorpresa, eso era lo que a Susana quería. Alix pensaba en casi todo.

Caminó a una de esas tiendas a las que un tiempo antes hubiera sido incapaz de entrar. Entró. Vio a muchos hombres buscando lo que hace tiempo se les había perdido: cuerpos de mujeres inflables, sexos femeninos de pilas que se humedecían con lubricante sintético, películas alemanas protagonizadas por kamikazes adolescentes. Alix sólo buscaba un objeto sencillo: un vibrador de forma creíble y que no fuera demasiado caro.

Sin mayor dificultad encontró lo que estaba buscando: un rígido miembro masculino de diecisiete centímetros, fabricado en hule color carne (que olía a lo mismo que el hule de las muñecas recién nacidas con las que jugaba a ser mamá), dotado de venas brotadas y un mecanismo vibratorio que funcionaba con pilas convencionales de uno coma cinco voltios. «Un milagro de ortopedia», se sonrió Alix frente al estuche de acrílico que contenía el consolador.

Se sonrió hasta que pagó la mercancía. Aunque el cajero de pelo largo y barba dibujada se esforzó en ser lo más discreto posible, no pudo dejar de decirle algo a su cliente:

—Éste es un buen producto, pero no se olvide de ponerle pilas alcalinas. Las normales se sulfatan.

—Ya lo creo —dijo Alix reprimiéndose una carcajada.

Por fortuna, las bolsas de la tienda eran oscuras y mates, pero, en el fondo, Alix se sentía todavía un poco culpable por haber comprado aquel saludable pene erecto con el que pensaba poder satisfacer los deseos de Susana.

El juguete nuevo ameritaba una invitación al número 15 de la vía San Giovanni, lugar que, de todas maneras, tanto Alix como Susana habían asumido como su sede. Siempre que Susana

tomaba el autobús número 13 para ir a casa de su amiga, se preguntaba por qué Alix no había ido a la suya sino una o dos veces. La decepción la visitaba sobre todo cuando Susana apelaba a las matemáticas elementales. Siempre que se ponía a calcular el número de veces que ella aceptaba, llegaba a la conclusión de que estaba perdiendo el temperamento.

La abuela veía caer la tarde en su silla y, como siempre, Susana le dirigió un «*buona sera, signora*» mucho más tierno que cortés. «¡Qué simpática es, Dios mío!» pensaba siempre la señora comparándola involuntariamente con Alix. Por más que Alix se esforzara en ser educada, no tenía el candor de su amiga. A la abuela la desconcertaba un poco su expresión de tener un objetivo muy claro y de estar dispuesta incluso a atropellar para alcanzarlo. Alix siempre parecía ir en línea recta, siempre iba apurada. Esa misma tarde la abuela la había visto entrar a toda velocidad al edificio. Alix le había golpeado ligeramente el antebrazo con aquella misteriosa bolsa negra de plástico que debía contener un objeto contundente.

Alix recibió a su amiga con una generosidad de anfitriona que a Susana le pareció sobreactuada. A Susana había empezado a preocuparle el hecho de que Alix siempre quisiera impresionarla con algo. Al mismo tiempo, se reprochaba lo que a ella le daba por llamar «su propia mezquindad». Estaba empezando a cobrar conciencia de lo que le interesaba. Sentía su voluntad invadida.

Pasó por alto y disfrutó de los arreglos de Alix, quien había cocinado legumbres por orden de colores, más ligeras que una pluma, regadas con una infusión de flores para evitar comprometer el estómago con los aires que soplaban. Poco tiempo necesitaron las desconfianzas para disiparse. Comió, bebió y olvidó. Aunque el menú era de los que se digieren en media hora, sintió de todos modos el abatimiento que suceden a las grandes comidas. Alix la acariciaba y la consentía, y Susana, aunque nostálgica, cedía dócilmente a la fuerza de la gravedad.

Tomó una iniciativa. Susana fue a acostarse al colchón ortopédico y Alix le siguió los pasos con afabilidad que a Susana le pareció galantería. Llevó una tetera con más infusión digestiva, la depositó con dos tazas al lado de la cama y quemó varias virutas de papel de Armenia. Susana se rindió de sueño, como dando por sentada la llegada de una mano acariciadora. Llegó. Se animaron. Se desvistieron.

Durante un buen rato sus manos y sus besos se bastaron a sí mismas, pero, por fin, llegó el instante de la sorpresa:

—Te compré un regalo —dijo Alix.

—¿Qué? —preguntó Susana con curiosidad.

—Ya vas a ver.

Alix se levantó y se tropezó con la tetera. Corrigió inmediatamente los estragos de su torpeza y siguió de largo, rumbo a su armario, de donde sacó la bolsa negra. Temía la reacción de Susana,

pero ya era muy tarde para arrepentirse. La bolsa negra crujía. Susana se preguntaba qué podía contener. Se temía un obsequio que tuviera que ver con su nostalgia. Se sonrió adivinándolo, pero trató de evitar su idea más explícita. Alix arrojó la bolsa al colchón. Se sentó en la cama. Dobló las piernas contra sus senos y se abrazó las rodillas. Se veía titubeante con el escaso sobrante de su abdomen pegado contra sus tobillos. Dudaba. Susana la veía en su esfuerzo de pronunciar alguna palabra. Nunca la había visto tan desnuda y tan hermosa. Susana, sin ánimos de sonar desafiante, le preguntó:

—¿Y entonces?

—Entonces esto —se limitó a decir Alix.

Susana suspiró pegando un gritito agudo y, después, estalló de la risa. Por supuesto que el juguete era creíble, había sido fabricado para eso: era el corte perfecto de una erección priápica y autosuficiente.

—¡Qué bonito! —dijo Susana al final de su risa—, todo un hombrecito hecho y derecho.

Alix sonrió.

Por fin Susana dijo:

—Anda, préndelo.

Pero la nostalgia continuó acompañando a Susana, y no porque el juguete no cumpliera bien sus funciones, sino porque seguía echando de menos las limitaciones propias de un hombre.

Justamente, el juguete se bastaba cuanto se bastaban sus pilas y, además, las amigas lo podían compartir. Sin embargo, cada vez que lo prendían, Susana se volvía sorprendentemente egoísta. A Alix le fascinaba administrarle placer a Susana, pero, después, empezó a sentir unos extraños celos contra el objeto que ella misma había comprado. Susana se dejaba poseer con la acción del vibrador, a menudo sin echar de menos lo que Alix pudiera ofrecerle con sus propios medios. Cuando Alix le pedía a Susana que usara el juguete con ella, Susana hacía la que no oía y se penetraba, dejando a su amiga ahí, sola y abandonada.

Poco importaba que aquel modelo de erección priápica y autosuficiente fuera de plástico y de pilas. La nostalgia hacia que Susana le diera al aparato mucho más valor del que en verdad podía tener. Alix temía. Y, porque temía, se sintió disminuida, por primera vez.

Pocos días más tarde fueron a una fiesta en la que la vida de cada una comenzó a tomar su curso natural. Desde hacía algún tiempo, Alix y Susana tenían la impresión de estarse esforzando para estar juntas.

En aquella fiesta había un sistema de sonido que hacía mucho ruido, un DJ famoso y una enorme pantalla de video en la que imágenes de la película *War Games* alternaban con escenas de porno duro. Alix no comprendía la intención de aquella escenografía y trataba de hacer vida social de la manera más tranquila posible, sin éxito. Nadie parecía tener tiempo para contarle algo interesante a nadie: entre trabajo y estudio, la mayoría evitaba la comprometedor acción de entrar en detalles.

Por alguna razón, aquellas situaciones ponían a Susana a especular sobre la gente que la rodeaba. La pantalla de video, entre amenazas atómicas y gargantas profundas, hipnotizaba a algunos hombres que, sin saber, exhibían allí mismo sus limitaciones naturales. Al lado de Susana había uno: de cráneo rapado, una que otra cana emergente, vestido con pantalón negro, camiseta blanca, zapatos de suela gruesa e incapaz de separar los ojos de la pantalla. Hacía esfuerzos desesperados por sacar a relucir su afabilidad ante aquellas limitaciones suyas que ninguna mujer se había dado el trabajo de comprender desde hacía por lo menos tres años.

Viéndolo a distancia, Susana se asombraba de cuán bien lo hacía. La impresión que daba era la de quien puede despegar de sí mismo con facilidad. Pero Susana supo que aquella amabilidad era falsa cuando, en un momento, él extravió por accidente su teléfono celular. De pronto chasqueó la boca, rezongó como un anciano y maldijo a la humanidad entera. Su misantropía se activaba con sólo remover una pieza de sus costumbres. Tan fácil como meterle un dedo en el ojo.

El muchacho desapareció de la fiesta con aire ofuscado, al mismo tiempo que pensando en todo el tiempo que nadie había protagonizado con él una de las escenas proyectadas en la pantalla. Susana lo vio despedirse automática pero correctamente de varios invitados, incluso de Alix, a quien conocía de vista. Susana lo siguió con los ojos y Alix la sorprendió en su persecución. Sintió que había descubierto un secreto y tuvo por fin razones para sentirse disminuida.

Más que eso no pasó esa noche. A Alix le crujieron los huesos de la mandíbula a causa de todos los bostezos que se había reprimido. Se marcharon juntas a la vía San Giovanni, un poco resignadas, a prender por última vez el juguete nuevo.

El muchacho solitario hizo que Susana volviera a sentir nostalgia. El deseo de tocarse y de que la tocaran se tornó súbitamente absurdo. Estando en la cama de Alix, Susana se encontraba sin lugar y sin función. Poco a poco, el tiempo con su amiga cobraba su importancia real: el de un capricho de curiosidad ya vivido y agotado. Se imaginaba en los ojos de un espectador –en los ojos de su muchacho solitario, de pálpito en las manos y en las sienes– y, de golpe, se quedaba paralizada de vergüenza con su pene de plástico y pilas en la mano.

«¿Qué es esto?», se preguntaba, pensando en que aquel objeto no podía ser portátil. Lo prendió y oyó que el juguete hacía un lejano, casi imperceptible, ruido eléctrico. De pronto le sonó ridículo. Creía que iba a explotar y a echar chispas. Lo apagó. El ciclo se estaba cerrando: Susana volvió a reír mirando sorprendida el vibrador, esforzándose en reconocerlo, pero sin lograrlo. Se le

aparecía la imagen del muchacho solitario calcinándose frente a la imagen de dos lesbianas masturbándose, como ellas allí. Le daba risa y pesar, una mezcla absurda que le encogía el estómago y la hacía perder el objetivo.

Cuando Susana puso gesto de haber perdido todo el deseo, Alix pensó que no debía tratarse sino de una distracción para que ella recuperara el testigo. Susana se dejó quitar el juguete casi sin darse cuenta. Alix se encomendó a la electricidad y la llamó por su nombre varias veces. Era la primera vez que debía hacer el esfuerzo de devolverla a la realidad. Insistió: una, dos, tres, cuatro veces. Su perseverancia surtió efectos. Encontró una respuesta. No se la esperaba. Susana sonrió. Le acarició tiernamente la cara. Y le dijo:

—¿Puedes apagar esta cosa un rato, por favor?

Las cosas se ciñeron al orden de la naturaleza. Llegó el final de los años de barniz cultural de Susana en Florencia, y, aunque Alix trató de remolcar a su amiga a vivir con ella a Brest, Susana ni siquiera consideró la posibilidad.

La primera acción liberadora fue salir con el muchacho solitario de la fiesta. La aventura duró dos semanas. Susana se aburrió rápido de su extrema gentileza, no tanto por su extrema gentileza, sino porque aquel conformismo suyo le impedía vestirse de otra manera que no fuera con su pantalón negro y su camiseta blanca. Si Alix había sido para Susana fuente de nostalgia, el muchacho solitario era fuente de letargo.

Preparó el regreso, llevando consigo reproducciones de lo mejor del museo degli Uffizzi y mucha papelería florentina. Era una manera de anticiparse a aquella nostalgia que jamás sintió: allá queda un mundo, acá queda el otro.

En tres años, la vida de Matías había sido una sucesión de errores de cálculo, una multitud de saltos de una a otra amante, como cuando se saltan las piedras de un río para llegar seco a la otra orilla. Se renovaba con las generaciones de relevo y no recordaba decepciones. Era fácil calificarlo de imbécil.

El imbécil carismático bailaba distraído en el patio de piedra de una casa tropical cuando, de pronto, una multitud se le quedó mirando. Matías se extrañó. Unas caras lo miraban a él y otras al lado contrario, por donde entraba Susana.

Susana lucía cierta impudicia veraniega que no era usual en el verano perpetuo de Caracas. La primera amiga le brincó encima y la efusividad de su ciudad natal la desconcertó. Sus tendones se crisparon, pero no pudo oponer resistencia durante mucho tiempo. Total, aquella fiesta a donde llegó de improvisó se había convertido en su bienvenida.

Le hacían tantas preguntas que ella no sabía cómo responder, que ella respondía diciendo «allá todo es tan diferente». En su esquina, Matías se sintió de repente interpelado. La muchacha

de las sandalias artesanales le parecía conocida: «¿De dónde? ¿De dónde?». Una corriente de timidez lo poseyó al reconocer a Susana, la belleza extraviada hacía tres años. Sus primeros rodeos en torno de ella fueron torpes y teatrales, como si dudara de sí mismo. Borrosa para sus ojos, Susana conversaba con soltura, con todo el mundo, excepto con él, a quien nunca le había dirigido la palabra.

Susana no perdía de vista sus nervios, pero al fin y al cabo todo fue sucediendo poco a poco, de la mejor manera. Susana todavía comparaba a Matías con un personaje de un fresco del palacio Medici Riccardi, una imagen que ya no la conmovía como antes. Europa es una fuente inagotable de desencanto, donde las fascinaciones turísticas acaban convirtiéndose en duda, en fuerza de voluntad. Por eso, por propósito, entre tragos de agua potable y guarapita de parchita, fue Matías, y no otro, quien inauguró su regreso.

El padre de Susana, viudo liberal de actitud a lo John Hamilton, construyó para su hija una casa pequeña detrás de la suya: cocina americana, vista al valle, un pequeño jardín para sembrar albahaca, una gran habitación y, lo mejor, una enorme sala de baño con piezas blancas y grifos cromados.

Apenas entraron, Susana sirvió un par de vasos de jugo de piña sin azúcar. Matías bebió con avidez.

—¿Tienes sed? Toma, aquí hay más —dijo ella, acercándole la jarra y con sonrisa de Boticelli.

Le mostró fotos de sus tres años en Florencia: recién llegada, frente del gran invernadero blanco del Giardino dell'Orticoltura, con Alix en la Piazza dell'Anunziata... Matías elogió una foto en la que Alix aparecía en un tren en invierno, con una bufanda alrededor del cuello y expresión triste.

—Es bonita ésta —dijo Matías.

Ya lo había besado en la fiesta, pero aprovechó su impresión para volverlo a hacer. Él respondió torpemente, como si el primer beso jamás hubiera sucedido.

Susana sintió que los reflejos de Matías se habían quedado rezagados, pero siguió besándolo, sin esperar grandes resultados. Matías dejaba hacer y pensaba en su futuro inmediato. Cuando pudo respirar, ella sonrió.

—¿Te quieres quedar a dormir conmigo?

A él no le dio tiempo para encontrar una razón que le impidiera decir:

—Sí.

Siguieron viendo fotos, conversaron de lo mucho que se habían pensado, de lo diferente que era todo, de todos los conocidos caraqueños que se expatriaban todos los días. Al cabo se arrastraron al cuarto de Susana, donde había una enorme cama para salir de dudas.

Matías hizo lo mejor que pudo: besó, devolvió y acarició. Pasaron tanto tiempo correspondiéndose que Susana recuperó las esperanzas. Fue ella quien se animó a desvestirse. Cuando lo tuvo desnudo ante sí, notó su sexo tan pequeño como el del David de Miguel Ángel. Ella comprendió enseguida que Matías se preguntaba demasiadas cosas al mismo tiempo. Tomó impulso. Hizo todo lo posible por devolverlo al momento, pero la vergüenza de Matías era más fuerte que los esmeros de su boca. Matías en su mínima expresión; Matías hundido entre sus piernas y sus hombros. Al final, la miró a la cara con ojos cansados, negó con la cabeza, bostezó en señal de disculpa.

—Lo siento —dijo.

Al día siguiente, él se levantó de su cama, se vistió y se marchó en carrito por puesto agradeciéndole a Susana toda su amabilidad. Había dormido bien, como se duerme cuando se está solo. Ni siquiera recordaba la noche de anoche, sus músculos indiferentes. A Susana la ofendió su cortesía, que para cualquier otro habría sido pura vergüenza.

Y después, nadie supo más del otro. Quién sabe cómo la misma Caracas se las arregló para guardar silencio, o cómo ellos se volvieron sordos a la mención de sus propios nombres. Susana comenzó a deslizarse corriente abajo, entre una y otro amante. La nostalgia se había despojado de género y se había transformado en un sentimiento vago y aleatorio: de un hombre triste a una mujer alegre, de un hombre alegre a una mujer triste.

Compartiéndose entre sus expectativas, Susana había aprendido a sonreírse en su espera. Se acostumbró a pensar que no esperaba nada, pasaba de su pasado, se mentía. Y, mintiéndose, adivinaba la sonrisa probable del día de su suerte.